

PREMIOS HUGO Y NEBULA

**ARTHUR
C. CLARKE**

LAS
FUENTES
DEL
PARAÍSO

Arthur C. Clarke enfoca en esta nueva novela, una vez más, un tema que le obsesiona y que le ha inspirado algunas de sus más grandes obras, como *Cita con Rama* y *2001, Odissea en el espacio*. Se trata de una paradoja. El hombre es más hombre cuanto más desafía las leyes de la naturaleza, pero, ante la grandiosidad del universo, todas las creaciones del hombre se ven empequeñecidas a largo plazo por el trabajo de los demás.

El protagonista se llama Vannevar Morgan. Es un genial ingeniero del siglo XXII que ha construido un audaz puente hasta las estrellas. Un «ascensor espacial» o «torre orbital», de cuarenta mil kilómetros de altura, deberá unir un punto del Ecuador con un satélite en «órbita estacionaria». Pero queda un obstáculo. La mejor plataforma de lanzamiento posible es una montaña sagrada, habitada por monjes desde tiempos inmemoriales.

A la memoria, todavía imborrable
de
LESLIE EKANAYAKE
(13 julio 1947 - 4 julio 1977)

*único amigo perfecto de toda una vida,
en el cual se combinaron como en ningún otro
la lealtad, la inteligencia y la compasión.*

*Cuando tu espíritu radiante y lleno de amor
desapareció de este mundo,
se apagó la luz en muchas existencias.*

Nirvana Prápto Bhüyat

La política y la religión son obsoletas; ha llegado el tiempo de la ciencia y la espiritualidad.

Sri Jawaharlal Nehru,
Ante la Asociación de Ceilán
para el Avance de la Ciencia;
Colombo, 15 de octubre de 1962.

Prologo

«Entre el Paraíso y Taprobane hay cuarenta leguas; desde allí puede oírse el sonido de las Fuentes del Paraíso».

Tradicional

Recogido por el fraile Marignolli (1335 d. C.)

El país al que he llamado Taprobane no existe, pero coincide en un noventa por ciento con la isla de Ceilán (ahora Sri Lanka). Aunque las notas aclaratorias especificarán qué sitios, sucesos y personalidades se basan en la realidad, el lector no estará muy equivocado si calcula que el relato, cuanto más improbable, más se acerca a la realidad.

En la actualidad se suele pronunciar el nombre «Taprobane» como «Taprobein», pero la pronunciación clásica correcta es «Tapróbani», como bien lo sabía Milton, por supuesto:

*Desde la India y la dorada Chersoness
Y sobre todo la isla hindú de Taprobane...
(El Paraíso Recobrado, Libro IV)*

I. El Palacio

1. Kalidasa

La corona se hacía más pesada con cada año transcurrido. La primera vez que el Venerable Bodhidharma Mahanayake Thero se la puso en la cabeza, con tan pocas ganas, el príncipe Kalidasa se sorprendió ante su ligereza. Ahora, veinte años después, el rey Kalidasa prescindía con gusto de aquella banda de oro incrustada de piedras, cuando la etiqueta de la corte así lo permitía.

Poca etiqueta había allí, en la ventosa cima de la fortaleza de roca, pues pocos embajadores o peticionarios solicitaban audiencia en su formidable altura. Muchos de los que hacían el viaje hasta Yakkagala retrocedían ante el ascenso final, entre las fauces mismas del león agazapado que siempre parecía a punto de saltar desde la superficie rocosa. Ningún rey anciano podría sentarse en ese trono, que aspiraba a los cielos. Algún día Kalidasa estaría demasiado débil para llegar a su propio palacio. Pero no era probable que ese día llegara; sus muchos enemigos le ahorrarían las humillaciones de la vejez.

Y esos enemigos ya se estaban reuniendo. Miró hacia el norte, como si pudiera ver los ejércitos de su medio hermano, que volvía para reclamar el ensangrentado trono de Taprobane. Pero la amenaza estaba aún lejos, tras los mares hendidos por el monzón; si bien Kalidasa confiaba más en sus espías que en sus astrólogos, le tranquilizaba saber que en eso estaban todos de acuerdo.

Malgara había aguardado casi veinte años, mientras hacía sus planes y buscaba el apoyo de reyes extranjeros. Mu-

cho más cerca, allí mismo, un enemigo aún más paciente y sutil contemplaba impertérrito el cielo del sur. El cono perfecto de Sri Kanda, la Montaña Sagrada, parecía muy próximo en esa ocasión, erguido sobre la planicie central. Desde el mismo comienzo de la historia había infundido un respetuoso temor al corazón de cuantos lo veían. Kalidasa tenía constante conciencia de su presencia callada y del poder que simbolizaba.

Sin embargo, el Mahanayake Thero no tenía ejércitos, no tenía elefantes de guerra que gritaran y sacudieran colmillos de bronce al lanzarse a la carga. El Alto Sacerdote era tan sólo un anciano de túnica anaranjada, cuyas únicas posesiones materiales consistían en una escudilla de mendigo y una hoja de palma para protegerse del sol. En tanto los monjes inferiores y sus acólitos cantaban las escrituras a su alrededor, él permanecía sentado, en silencio, con las piernas cruzadas... y de algún modo interfería en el destino de los reyes. Era muy extraño.

Ese día era tan despejado que Kalidasa podía ver el templo, empequeñecido por la distancia hasta parecer una diminuta cabeza blanca de flecha, erguida en la cumbre misma de Sri Kanda. No parecía obra humana; ante ella, el rey recordaba las montañas aún más altas divisadas en su juventud, cuando fuera medio huésped y medio rehén en la corte de Mahinda el Grande. Todos los gigantes que custodiaban el imperio de Mahinda eran la base de tales crestas, formadas de una sustancia deslumbrante y cristalina que no tenía nombre en el idioma de Taprobane. Los hindúes creían que se trataba de una especie de agua, mágicamente transformada, pero Kalidasa reía ante tales supersticiones.

Ese resplandor marfilino estaba sólo a tres días de marcha: uno, por la ruta real, a través de bosques y arrozales; y dos más por la escalera serpenteante que jamás podría volver a subir, porque en su extremo estaba el único enemigo temible, el único al que no podía vencer. A veces envidiaba

a los peregrinos, cuando veía la fina línea de fuego dibujada por sus antorchas sobre la faz de la montaña. El más humilde mendigo podía saludar a la aurora sagrada y recibir la bendición de los dioses; el gobernante de toda esa tierra, no.

Pero tenía sus consuelos, siquiera por un tiempo. Allí, custodiados por fosos y murallas, estaban los estanques y las fuentes y el Jardín de las Delicias, en los cuales había derrochado el tesoro de su reino. Y cuando se cansaba de ellos tenía las damas de la roca (las de carne y hueso, a quienes llamaba cada vez con menor frecuencia) y los doscientos inmortales inmóviles con quienes solía compartir sus pensamientos, pues no había otros en los que pudiera confiar.

Un trueno retumbó a lo largo del horizonte occidental. Kalidasa volvió la espalda a la muda amenaza de la montaña para mirar hacia la distante esperanza de lluvia. Ese año el monzón venía con retraso; los lagos artificiales que alimentaban el complejo sistema de irrigación de la isla estaban casi vacíos. A esa altura del año, normalmente, se veía el centelleo del agua en el más grande de todos ellos, al que sus súbditos, como él bien sabía, llamaban aún con el nombre de su padre: Paravana Samudra, el mar de Paravana. Hacía sólo treinta años que estaba terminado, tras muchas generaciones de esfuerzo. En días más felices, el joven príncipe Kalidasa había estado allí junto a su padre, orgulloso, mientras se abrían las grandes compuertas para que las aguas vivificantes fluyeran sobre la tierra sedienta. En el reino entero no había una vista más encantadora que el espejo, suavemente rizado, de aquel inmenso lago creado por el hombre, cuando en él se reflejaban las cúpulas y las espiras de Ranapura, Ciudad de Oro: la antigua capital que él había abandonado en busca de sus sueños.

Una vez más retumbaron los truenos, pero Kalidasa comprendió que se trataba de una promesa vana. Aun allí, en lo más alto de la Roca del Demonio, la atmósfera pendía

inmóvil y sin vida; no se percibía ninguna de esas súbitas ráfagas que anunciaban la llegada del monzón. Antes de que al fin llegaran las lluvias, el hambre se agregaría a sus problemas.

—Su Majestad —dijo el cortesano Adigar—, los enviados están a punto de marcharse y desean presentar sus respetos.

¡Ah, sí, aquellos dos pálidos embajadores del Occidente ultramarino! Lamentaría que se fueran, pues, en su abominable taprobani, le habían traído nuevas de muchas maravillas, aunque dispuestos a admitir que ninguna podía igualar a ese palacio-fortaleza edificado en el cielo.

Kalidasa volvió la espalda a la montaña coronada de nieve y al paisaje reseco, reverberante, para iniciar el descenso por los escalones de granito hacia la cámara de audiencias. Detrás de él el chambelán y sus ayudantes portaban presentes de gemas y marfil para aquellos hombres altos y orgullosos, que esperaban para despedirse. Pronto llevarían los tesoros de Taprobane por el mar, hasta una ciudad siglos más joven que Ranapura; y tal vez, por un tiempo, distraerían los sombríos pensamientos del emperador Adrián.

El Mahanayake Thero, con su túnica semejante a una llamarada naranja contrastante con el blanco revoque del templo, caminaba lentamente hacia el parapeto septentrional. Muy por debajo se extendía el cuadrículado de arrozales, entre horizonte y horizonte; las líneas oscuras de los canales para irrigación, el resplandor azul del Paravana Samudra y, más allá de ese mar Mediterráneo, las cúpulas sagradas de Ranapura, que flotaban como burbujas fantasmales, de imposible enormidad cuando se calculaba la verdadera distancia. Llevaba treinta años contemplando ese panorama siempre cambiante, pero sabía que jamás captaría todos los detalles de su fugaz complejidad. Colores y límites se alteraban en cada estación; más aún, con cada nube que

pasaba. En el día en que él también pasara a mejor vida, pensaba Bodhidharma, aun entonces notaría algo nuevo.

Sólo una cosa desentonaba en el exquisito diseño de ese paisaje. Por diminuta que se viera desde esa altura, la mole gris de la Roca del Demonio parecía un intruso de otros mundos. En realidad, la leyenda sostenía que Yakka-gala era un fragmento del Himalaya que el dios-mono Hanuman había dejado caer, en su prisa por llevar montaña y medicinas a sus camaradas heridos, al acabar las batallas del «Ramayana».

Desde esa distancia era imposible, por supuesto, distinguir con detalle la locura de Kalidasa, con excepción de una difusa línea que indicaba las murallas exteriores del Jardín de las Delicias. Sin embargo, una vez que se experimentaba el impacto de esa Roca del Demonio, ya no se la podía olvidar. El Mahanayake Thero podía ver con la imaginación, tan claramente como si estuviera allí, las inmensas garras del león que sobresalían en la misma faz del acantilado, mientras en lo alto se cernían las fortificaciones por las cuales (era fácil creerlo), aún caminaba el Rey Maldito...

Un trueno resonó allá arriba, elevándose rápidamente en un *crescendo* de tal potencia que pareció sacudir a la misma montaña. En una conmoción sostenida y constante, cruzó corriendo el cielo apagándose hacia el este. Por unos largos segundos retumbaron los ecos en el horizonte. Nadie hubiera podido confundir aquello con un anuncio de las lluvias venideras; estaban fijadas para dentro de tres semanas, y Control de Monzones nunca se equivocaba en más de veinticuatro horas. Cuando las reverberaciones se apagaron, el Mahanayake se volvió hacia su compañero.

—¡Vaya con los corredores obligatorios para el reingreso! —dijo, con un fastidio ligeramente superior al que debía permitirse un exponente del Dharma—. ¿Tenemos la medición?

El monje más joven pronunció algunas palabras ante su micrófono de pulsera y aguardó una respuesta.

—Sí —anunció—, llegó a ciento veinte. Cinco decibelios más que la última máxima.

—Envía la protesta de costumbre a los controles de Kennedy o de Gagarin, según corresponda. Pensándolo mejor, quéjate a los dos. Aunque no servirá de nada, por supuesto.

En tanto seguía con la vista el trazo humeante que se iba disolviendo poco a poco en el cielo, el Bodhidharma Mahanayake Thero, octogésimo quinto de ese nombre, tuvo una súbita ocurrencia, nada propia de un monje. Kalidasa hubiera sabido cómo tratar a los operadores de líneas espaciales que sólo pensaban en los dólares por kilo puesto en órbita; algo que incluyera, probablemente, el empalme, elefantes con calzado metálico o el aceite hirviendo.

Pero la vida, claro está, había sido mucho más simple dos mil años atrás.

2. El ingeniero

Sus amigos, cuyo número disminuía de año en año, lo llamaban Johan. El mundo, cuando se acordaba de él, le decía Raja. Su nombre completo abarcaba quinientos años de historia: Johan Oliver de Alwis Sri Rajasinghe.

En cierta época, los turistas que visitaban la Roca lo habían buscado con cámaras y tomavistas, pero en la actualidad existía toda una generación que ignoraba por completo los días en los que él había sido el rostro más conocido del sistema solar. No lamentaba su pasada gloria, pues le había proporcionado la gratitud de toda la humanidad. Pero también había traído consigo vanas lamentaciones por los errores que había cometido, y pena por las vidas despilfarradas, puesto que un poco más de previsión o de paciencia pudo haberlas salvado. Naturalmente, ahora resultaba fácil, con la perspectiva de la historia, comprender lo que se debió hacer para evitar la Crisis de Auckland o para reunir las reacias firmas del Tratado de Samarkanda. Era una tontería echarse en cara los inevitables errores del pasado, pero había oportunidades en las que la conciencia le dolía más que las difusas punzadas de aquella vieja bala patagónica.

Nadie creyó que su retiro pudiera durar tanto tiempo.

—Regresará antes de que pasen seis meses —le había dicho el presidente mundial Chu—. El poder crea hábito.

—En mí no —había sido su respuesta, bastante sincera.

Pues el poder le había llegado sin buscarlo. Y siempre fue muy especial, algo limitado: un poderío de consejero,

no de ejecutivo. Era sólo Auxiliar Especial (embajador no oficial) de Asuntos Políticos, responsable directo ante el presidente y el consejo; su personal nunca excedió el número de diez... once, contando a Aristóteles (su terminal aún tenía acceso a los bancos procesadores y de memoria de Ari y se comunicaban varias veces al año). Pero en los últimos tiempos, el consejo aceptaba invariablemente sus sugerencias y el mundo le otorgó gran parte del crédito que debieron recibir los anónimos y desconocidos burócratas de la División Paz.

Así, fue el embajador volante Rajasinghe quien obtuvo toda la publicidad, mientras iba de rebelión en rebelión, masajeando un ego aquí, desactivando una crisis allá y manipulando la verdad con consumada destreza. Sin llegar jamás a mentir, por supuesto; eso habría sido fatal. Sin la infalible memoria de Ari, nunca hubiera podido conservar el dominio de las intrincadas hebras que a veces debía devanar para que la humanidad pudiera vivir en paz. Cuando empezaba a disfrutar del juego por el juego mismo, ya era hora de renunciar.

Eso había ocurrido veinte años antes, sin que jamás lamentara su decisión. Quienes predijeron que el aburrimiento tendría éxito allí donde había fracasado la tentación del poder, no conocían a este hombre ni comprendían sus orígenes. Había vuelto a los campos y bosques de su juventud, y vivía a sólo un kilómetro de la enorme roca sombría que dominara su infancia. Su casa, en realidad, estaba más cerca del ancho foso que rodeaba el Jardín de las Delicias, y las fuentes diseñadas por el arquitecto de Kalidasa chapoteaban ahora en el mismo patio de Johan, tras un silencio de dos mil años. El agua aún fluía por los conductos de piedra originales; nada había cambiado, aunque ahora eran bombas eléctricas las que llenaban las cisternas, allá arriba en la roca, y no tandas de sudorosos esclavos.

Asegurar para su retiro ese trozo de tierra, anegado de historia, había dado a Johan más satisfacción que ningún

otro acto en toda su carrera; con eso satisfacía un sueño que nunca creyó ver hecho realidad. La tarea requirió de toda su habilidad diplomática, aparte de alguna delicada extorsión en el Departamento de Arqueología. Más tarde surgieron interrogantes en la Asamblea de Estado; por suerte, las preguntas no recibieron respuesta.

La longitud del foso lo aislaba de todos, salvo de los turistas y los estudiantes más decididos; lo ocultaba un espeso muro de árboles, que deslumbraban con sus flores durante todo el año. Los árboles albergaban también varias familias de monos que constituían un espectáculo divertido, aunque a veces invadían la casa y huían con cualquier objeto portátil que atrajera su atención. Entonces se producía una pequeña guerra entre especies, con buscapiés y gritos de alarma recogidos en grabaciones, que perturbaban a los humanos tanto o más que a los simios. De cualquier modo, éstos volvían muy pronto, pues habían aprendido tiempo atrás que nadie era capaz de hacerles daño.

Mientras uno de los más desaforados crepúsculos de Taprobane transfiguraba el cielo del oeste, un pequeño triciclo eléctrico surgió de entre los árboles y avanzó hasta las columnas del pórtico estilo Chola auténtico, del último período Ranapura, y, por tanto, completamente anacrónico allí. Pero sólo el profesor Sarath lo había advertido, cosa muy habitual en él.

En su larga y amarga experiencia, Rajasinghe había aprendido a no confiar nunca en sus primeras impresiones, pero también a no pasarlas por alto. Esperaba en parte que Vannevar Morgan fuera un hombre a la medida de sus éxitos: grande e imponente. El ingeniero, en cambio, estaba bien por debajo de la estatura promedio; a primera vista podía parecer hasta frágil. Sin embargo, ese cuerpo delgado era todo fibra; el pelo, negro como la tinta, enmarcaba un rostro que no representaba, ni con mucho, sus cincuenta y un años. El archivo videográfico Biogr de Ari no le hacía justicia; hubiera podido ser un poeta romántico, un concer-